



MEMORIAS

DEL ABUELO VICENTE

CAPITULO XVIII (Continuacion): VIDA DE BOHEMIA

(Comentario: la falta de fe en la ciencia médica llevó al abuelo Vicente Noblejas a abandonar, paulatinamente, esta carrera universitaria, pero en tanto que retornaba al ámbito familiar daimieleño, vivió unos tiempos felices y desenfados con un grupo de estudiantes de su misma forma de sentir y de pasar esa época juvenil de forma grata. Con la sinceridad que le caracteriza, él nos lo refiere).

"...diré cómo se desarrolló mi afición grande a los toros y el juicio que he formado de esta fiesta, comparando como eran las corridas en mi juventud y como son en la actualidad.

Cuando fui a estudiar a Madrid hice amistad con unos chicos tan identificados con mi manera de ser, que le tenían a los libros la misma antipatía que yo, a las diversiones la misma simpatía y a los toros la misma afición. Estos "elementos" nos reuníamos todas las noches en el café "Madrid", en el que hablábamos de todo menos de libros, donde acudían con el maestro Paco Cora, que era nuestro presidente, algunos toreros amigos del maestro. En el corro de al lado se reunían los "Monjes", (que eran los empresarios de caballos de la plaza de toros) con casi todos los toreros madrileños, que al ver el calor que los estudiantes poníamos en todas las discusiones, algunas veces intervenían para defender a algún compañero a quién censurábamos. Estas discusiones nos dieron tal cartel que los toreros la llamaban "la Peña de los Estudiantes". A esta peña acudían con frecuencia "Pepete", "el Tortero", "Dominguín", "el Comerciante", "los Regateros", Mariano Lomas, "el Formalito", "el Chato", "el Chano", etc., y los novilleros jóvenes que tenía la empresa para hacer cuadrilla de los toreros debutantes en Madrid.

Por aquella época los debutantes cobraban lo que la empresa les daba, pues su interés era torear en Madrid; por entonces apareció "el Algabeño", que armó una revolución en Sevilla como matador, y la afición de Madrid quería verlo. A la proposición de la empresa contestó que para venir a Madrid quería cobrar 7.000 reales y alternar con "Villita" o "Gaviria", que eran los novilleros que más juego daban en aquella época. La empresa aceptó y le puso de compañero a "Gaviria"; la noche víspera de la corrida salíamos del café para ver la última función del Eslava, que hacían "el Tambor de Granaderos", que habían estrenado noches antes, y vimos un grupo de gentes... era el "Algabeño" con unos amigos que iban tirando perras a los golfos de la noche, y con ellos coincidimos en las taquillas del Eslava.

Al día siguiente se celebró la corrida, en la que alternó con "Gaviria", que aunque como MATADOR no era nada extraordinario, como torero traía loca a la afición, y como "el Algabeño" no sabía ni huir de los toros, tuvo una mala tarde, pues su mérito consistía en que mataba muy bien. En su, luego, larga vida torera lo

demonstró, pero como torero de estilo consiguió pocos aplausos.

A la Peña pertencí mientras estuve en Madrid en condición de estudiante, y si Bonilla, Quintero y demás profesores apenas me conocían como discípulo, el Maestro Paco me distinguía como uno de los más aventajados. Cuando me vine al pueblo continuó mi afición y aún no he dejado de asistir a las fiestas de toros de la provincia, para ser consecuente con la promesa que hice en una ocasión, de estar enfermo, de ir a todas las corridas que pudiera.

Para ir en carácter un año nos compramos Luis S. Valdepeñas, Victoriano Moreno, Filiberto Maján y yo, cuatro sombreros de ala ancha, y nos veíamos tan caracterizados que, además, al ser claros se distinguían a gran distancia.

Cuando llegaba la feria de Ciudad Real nos íbamos el primer día en el correo que llegaba a las 5 de la mañana, y nos alojábamos en la fonda de Baltasar hasta el día de la última corrida, que regresábamos en el tren especial que ponían para los toros. Por entonces cobraba la fonda 22 reales por día completo: las entradas de los toros 4 pesetas sombra, la butaca del teatro donde casi siempre actuaba una compañía de zarzuela, que luego venía a Daimiel, 3 pesetas, además los juguetes, turrón y artículos de feria para las familias, de modo que con 40 pesetas sobraba para atender todos los gastos. En Almagro no servían comidas más que en los tenduchos de la feria, pero nosotros conocíamos a una familia que eran una madre y tres hijas a quienes dábamos dinero para comprar la comida, que consistía en pollo, pisto, jamón, berenjenas aliñadas, melón y sandía. Por entonces se jugaba en todas partes, y en cuanto dejábamos encargada la comida nos veníamos al Casino a tomar un refresco, a sacar la entrada de los toros, y a jugarse el dinero sobrante; los aficionados a este "deporte". Los más viciosos continuaban, unos para aumentar la ganancia, y otros para buscar el desquite sableando a todo el que veían; pero los menos viciosos nos íbamos a casa de nuestra patrona y mientras se hacía la comida bailábamos y cantábamos para hacer ganas de comer, casi siempre acompañados de los novios de las niñas que hacían de pinches en la cocina, y se comían las mejores tajadas, pues el pisto no era más que pescuezos, patas y alones de pollo, lo demás había volado y teníamos que completar la comida con jamón. Después tomábamos café en el Casino y a esperar el carruaje, que por 2 reales nos llevaba a la Plaza de Toros; terminada la corrida volvíamos a pie por ver a las chicas y comprar el turrón y, por último al tren, en donde algunos que entendían de toros y otros que presumían de ello, discutían de las faenas y toreros que habían visto y de lo que les parecía cada matador, y sobre ello se establecían fuertes discusiones en el calor de la noche de verano tras un día de fiesta.

J. SANCHEZ BUSTOS